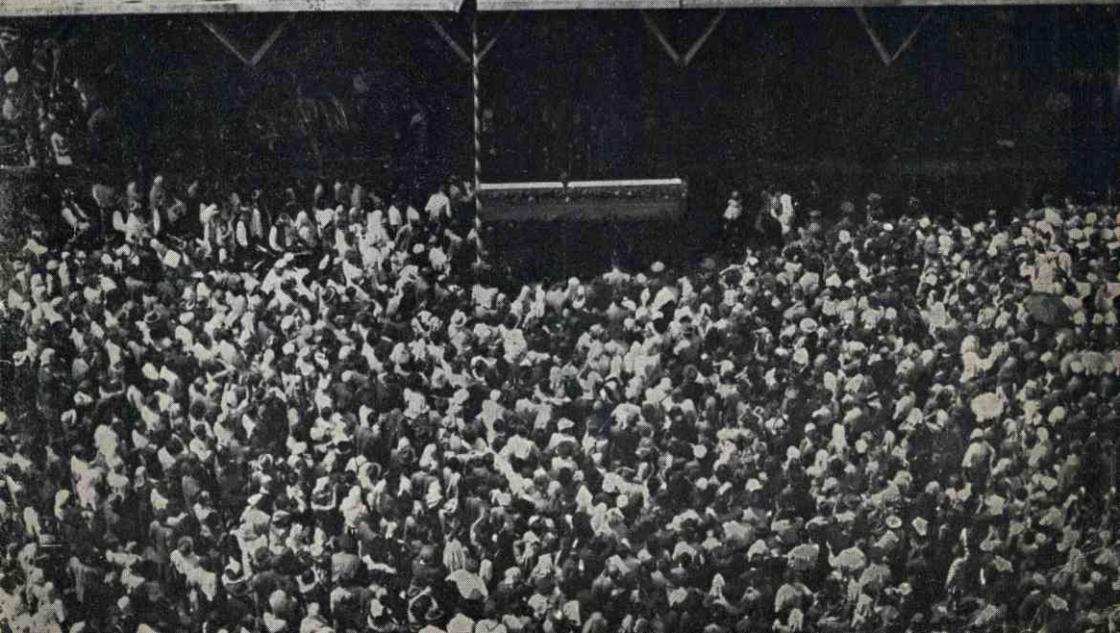


CHECOSLOVAQUIA

LA IGLESIA
EN LA LUCHA
POR LA PAZ

LUHAČOVICE 1950

ZA SVĚTOVÝ MÍR



DE LA CONFERENCIA POR LA PAZ DE LUHAČOVICE

En el balneario checoslovaco de Luhačovice se celebró, durante los días 1ro y 2 de julio de 1950, una conferencia de todas las iglesias cristianas, dedicada a la lucha por la paz. A ella asistieron delegaciones de todas las iglesias cristianas de Checoslovaquia. La más numerosa de todas las delegaciones presentes, fué la de los sacerdotes católico-romanos. La conferencia fué presidida por el P. José Plojhar, sacerdote católico-romano y ministro de Sanidad pública. También tomaron parte en esta conferencia delegaciones extranjeras de la Unión Soviética, de Inglaterra, Australia, Bulgaria, Alemania, Hungría, Polonia, Austria y Rumania. Estuvieron representadas, por delegaciones, las siguientes iglesias: la católica-romana, las ortodoxas, las anglicanas, las iglesias reformadas, luteranas y presbiterianas; la iglesia checoslovaca, la iglesia evangelista de la Hermandad Checa, los bautistas, adventistas y unitarios. A la cabeza de la delegación de las iglesias ortodoxas de la Unión Soviética se hallaba el metropolitano de Krutice y Kolomensk, Dr Nikolaj, y a la de Rumania el obispo Chesarije Paunescu. La sección católica de la delegación húngara era presidida por el P. István Balogh. En representación de los católicos búlgaros asistió a la conferencia el P. Petar Sarijskij, y por los católicos alemanes el P. Bursy. El conocido decano de Canterbury, Dr Johnson, presidía las delegaciones inglesa y australiana. A la presidencia de la delegación protestante de Hungría estaba el obispo calvinista Dr Bereczki.

Sin tomar en consideración los demás hechos, por la misma composición de estas diversas delegaciones, es de una evidente claridad que la conferencia del clero cristiano de Luhačovice marca un acontecimiento de tal importancia que sobrepasa en mucho los marcos del estado checoslovaco, lo que le da plenos derechos para dirigirse, con

su resolución y llamamiento, a todos los cristianos del mundo entero y apelar a su conciencia en defensa de la paz. La Conferencia condenó por unanimidad a los provocadores imperialistas de una nueva guerra mundial, los cuales han pasado ya de las palabras a la acción con su intervención en Corea. Invita a todos los cristianos a que apoyen activamente los esfuerzos por la paz en el mundo y expresa su completa conformidad con el Llamamiento de Estocolmo, el cual exige la prohibición del empleo de las armas atómicas.

A la conferencia eclesiástica de las iglesias cristianas asistieron, en representación del gobierno checoslovaco, el vicepresidente del Consejo de Ministros, Zdeněk Fierlinger, y el ministro eslovaco Ladislav Holdoš.

El vicepresidente del Consejo de Ministros, después de saludar calorosamente a las delegaciones reunidas del país y del extranjero, dijo en su discurso:

»El pueblo checoslovaco desea sinceramente la paz porque sabe muy bien lo que significa la guerra. Durante el período de una sola generación hemos pasado por los horrores de dos guerras mundiales, las cuales han causado a la humanidad inmensas pérdidas materiales y morales. Nosotros no necesitamos ni armas ni guerras para asegurar en nuestro país el trabajo y conseguir que no se paren las ruedas de nuestras fábricas, porque todos los esfuerzos creadores de nuestra economía van dirigidos hacia fines creadores y a asegurar la felicidad y el bienestar de todos los trabajadores.

A nosotros no nos importa cual es la convicción filosófica de los partidarios de la paz. Esto sólo pertenece a su conciencia. No somos tampoco adversarios de la religión y respetamos el sentimiento religioso de cada ciudadano. En este sentido, también nuestra Constitución y nuestras leyes aseguran a cada ciudadano la más completa libertad de culto y hasta la fecha nadie puede decir que ha sufrido la más mínima ofensa por sus convicciones religiosas. Como ustedes ven, esto es incontrovertible. Pero ahora bien, por otra parte, no hemos admitido ni consentido que cualquiera de las iglesias existentes abusase de su posición privilegiada y del sentimiento religioso del pueblo, posición que ha tratado y trata de conservar desde tiempos pasados para atribuirse más derechos de los que le corresponden en un estado democrático, con el fin de crear un estado dentro del estado mismo e influenciar en la libertad de decisión política de los ciudadanos. Tampoco hemos admitido ni admitimos que ninguna de ellas frene intencionadamente el progreso social tan deseado por la mayoría aplastante de nuestro pueblo, ni que se coloque al lado de un sistema explotador, que en el pasado no creó más que hambre, miseria y paro forzoso para miles de ciudadanos trabajadores, y el cual ha sido,

es y será fuente de desasosiego, de inquietud, de conflictos y de guerras en el mundo entero; ni menos aún que admita y agrupe en sus filas a agentes cuya actividad está dirigida contra el Estado. No admitimos, además, que una potencia extranjera, ya sea ésta temporal o espiritual, le imponga deberes a la comunidad religiosa de nuestro pueblo que no estén en conformidad con su lealtad para con el Estado.

Nosotros defendemos plenamente y con todas nuestras fuerzas los principios de la cooperación internacional, tal y como fué solemnemente firmada por las grandes potencias occidentales y la Unión Soviética inmediatamente después de terminarse la guerra victoriosa contra Hitler, principios que hoy son brutalmente violados por las grandes potencias occidentales que lo firmaron.»

Enlazando su breve alocución con el discurso del vicepresidente del Consejo de Ministros, el ministro eslovaco Ladislav Holdoš dijo:

»Todos los que estamos aquí presentes nos sentimos embargados por un radiante sentimiento de satisfacción y de alegría al pensar que los esfuerzos que realizan la Unión Soviética y las democracias populares reflejan exactamente la firme voluntad de 800 millones de personas y que éstos esfuerzos están apoyados activamente en todo el mundo por millones de trabajadores oprimidos por los capitalistas y por millones de luchadores de los países coloniales y, más aún, porque todos estos esfuerzos están encaminados a la defensa y conservación de la paz.«

Los delegados extranjeros que asistieron a la conferencia de Luhačovice tuvieron también la oportunidad de tomar parte en las manifestaciones por paz de las masas creyentes del pueblo, las cuales tuvieron lugar en ocasión de las tradicionales peregrinaciones de Velehrad, a la que asistieron 120.000 personas; de Děvín, en la que se congregaron 130.000, y de Kozí Hrádek con sus 25.000 participantes.

La manifestación por paz en Velehrad se desarrolló bajo el lema: »Rogamos por la paz — trabajamos por la paz«. Con este mismo espíritu y resonancia se realizaron las demás manifestaciones. Los sacerdotes y eclesiásticos, tanto del país como los de las delegaciones extranjeras, quedaron perfectamente convencidos de lo ardientes que son los nobles deseos de los pueblos checo y eslovaco por la paz, de la activa resistencia que oponen frente a todos aquellos que tratan hoy de incendiar el mundo con una nueva guerra y de cómo el pueblo creyente agradece a sus representantes espirituales en la tierra su trabajo y sacrificio por la paz mundial.

En la mesa presidencial de la conferencia y en la presidencia de las sesiones fueron tomando parte por turno los representantes de todas las iglesias participantes.

Durante los dos días que duró la conferencia, las sesiones transcu-

rieron envueltas por el más grande espíritu de responsabilidad común en la defensa de la causa de la paz. La gran contribución aportada por la conferencia fué el espontáneo respeto mutuo dentro de un espíritu de verdadera tolerancia religiosa y la cooperación entre las iglesias cristianas para el bien y la felicidad de toda la humanidad.

No es de menos importancia el hecho de que las iglesias cristianas se hayan dirigido, aprovechando esta conferencia de Luhačovice, a la conciencia de todos los cristianos del mundo entero con la más absoluta espontaneidad y libertad.

II

EXTRACTOS DE LOS DISCURSOS DE LA CONFERENCIA DE LA PAZ

En la conferencia de las iglesias cristianas en Luhačovice fueron pronunciados, a parte de los extensos discursos de apertura y de clausura del presidente de la conferencia, P. Jose Plojhar, dos importantes discursos más, uno por el ministro eslovaco Alex. Horák, sacerdote católico-romano, y el otro por el Dr M. V. Novák, obispo de la iglesia checoslovaca. De no menos importancia y alcance fueron también las intervenciones de los otros delegados en el transcurso de las discusiones. De todos estos discursos e intervenciones resalta el gran sentido de responsabilidad, con el cual los delegados acudieron a la conferencia, y el elemental y espontáneo deseo de todos los presentes de contribuir, por mediación de la iglesia, a acercar los pueblos unos a otros y a asegurar la paz en el mundo.

Muchos sacerdotes trataron también en sus intervenciones de poner de relieve las causas que provocan las guerras, luchando contra las cuales se logrará el afianzamiento de la paz.

Este folleto contiene algunos trozos de los discursos e intervenciones de los delegados eclesiásticos a la conferencia de Luhačovice, así como también la resolución y llamamiento dirigido a todos los cristianos del mundo. ¡Qué este llamamiento sea escuchado por todas partes y que sirva de apoyo a todos aquellos que respetan las palabras de la Santa Escritura: »Paz a los hombres de buena voluntad!«.

R. P. J. PLOJHAR,

sacerdote católico romano y ministro de Sanidad pública
checoslovaco:

En esta conferencia queremos hablar del grave problema que hoy y a estas horas tiene más y más actualidad. Se trata de mantener la paz en el mundo. Cuando por todo el orbe se está desarrollando un

movimiento unánime y por primera vez en la historia se celebra un plesbicio de hombre a hombre, sin consideración de idioma o raza, fronteras o gobierno, entonces, particularmente nosotros los sacerdotes, que somos los portavoces de los grandes axiomas del amor cristiano y de la paz cristiana, no debemos aquí solamente expresar y ocuparnos de nuestros propios puntos de vista, sino que, como eclesiásticos, estamos obligados a decir claramente a todos los fieles del mundo cuales son los valores que están en juego y mostrarles de forma precisa el camino que deben seguir.

R. P. ALEXANDER HORÁK,

sacerdote católico romano y ministro eslovaco, Bratislava:

Muchos cristianos cómodos, en vista de las dificultades que ofrece la solución del problema social, citan las palabras de Jesucristo: »Siempre habrá pobres entre vosotros«, y se quedan tan satisfechos con ellas aún en contra de la voz de su conciencia que les señala la responsabilidad que les corresponde en las injusticias que se cometen en el mundo. De semejante manera hablan también con referencia a la guerra y dicen que las guerras no dejarán nunca de existir, interpretándolas como castigo de Dios, como maldad y depravación del carácter humano, pecado original, etc. No, no es verdad que siempre habrá guerras. En las guerras luchan pueblos contra pueblos, y, por lo tanto, no es posible provocarlas sin el acuerdo de éstos. Así, pues, cada firma puesta al pie del Llamamiento de Estocolmo es una voz más que deposita su »no« en la urna electoral y que se levanta en contra de la guerra. Si los hombres y las mujeres de todos los países, sin diferencia de convicción ni de religión, realizan este simple acto electoral, será esta voluntad común de millones y centenares de millones de seres la que se impondrá. Será ésta una unanimidad que hasta la fecha no se ha visto realizada nunca. Esta unanimidad creará un poder tan grande que será capaz de impedir la guerra y salvar la paz. Si las iglesias cristianas y su clero han dado algo bueno al mundo en el transcurso de 2.000 años de existencia del cristianismo, y por cierto que lo han dado, hoy, más que nunca, se les ofrece en la lucha por la paz una oportunidad sin igual en la historia de mostrarse como unos de los mejores bienhechores de la humanidad. Si, por lo contrario, la cristiandad con todo el peso de su autoridad moral no hiciese todo lo posible para salvar la paz y estallara una nueva guerra por culpa de su indiferencia y por desinterés de los representantes de la doctrina de Cristo; si la comunidad cristiana fallara en esta gran prueba de la historia, ésta sería condenada irremisiblemente por las generaciones que sobreviviesen a la catástrofe.

Queridos amigos y hermanos y, sobre todo, ustedes nuestros estimados invitados extranjeros, todos han tenido la oportunidad, y aun la tendrán, de echar una mirada a nuestro país y ver con qué alegre compás se llevan a cabo los trabajos de la cosecha, la animada actividad constructiva que reina por todas partes y el ritmo acompasado de la canción del trabajo que resuena en nuestras fábricas. Verán ustedes los escaparates de nuestras tiendas repletos de productos alimenticios, producidos en nuestras propias fábricas; y, si se paran un momento a considerar que en nuestro país no tenemos parados y se detienen otro tanto visitando nuestras iglesias y lugares de peregrinación, surgirá potente en ustedes la convicción de que nada impide a este pueblo realizar y satisfacer todas sus necesidades tanto espirituales y religiosas como materiales; comprenderán perfectamente cuan amplia es nuestra libertad religiosa al presentarse con toda claridad ante sus ojos la sinrazón de los argumentos con que operan los provocadores de guerras. Seguramente les interesará conocer de como nosotros, el clero de las iglesias cristianas, nos hemos arreglado con la concepción socialista de la vida y con las posibilidades de una cooperación de la iglesia y del clero con el Estado, cuya fuerza motriz va dirigida por el camino que conduce al Socialismo. Al estudiar este problema, llegamos a la interesante y comprobada conclusión de que el Socialismo elimina las injusticias de los siglos pasados; de que el Socialismo, es el único camino, no vemos otro, para salir de la crisis económica en que se debaten los estados occidentales.

Por no haberse opuesto hasta la fecha las iglesias cristianas con todo su peso moral contra la explotación y las guerras, a pesar de ser éste el deber que les impone el séptimo mandamiento de Dios, ellas mismas han sido la causa de la resistencia que ha ido naciendo en el obrero en contra de la iglesia.

Dios creó la tierra y sus tesoros para mejor fin, es decir, se la ofreció a los hombres para satisfacer sus necesidades materiales, y no especialmente las de aquellos que por casualidad, astucia, avaricia, herencia o primogenitura han llegado a su posesión ilegal en perjuicio de aquellos otros que son menos afortunados, diríamos mejor, menos agoístas y astutos, sino que Dios creó el mundo en beneficio del hombre como célula de la especie humana entera. De este conocimiento, de las palabras del Creador sobre la flora y la fauna y sobre la sumisión de la tierra, de la cual se habla en el primer libro de la Génesis, resulta que Dios tuvo ante sus ojos el bienestar común, »bonum comune«, y suponía que los hombres se repartirían entre sí, con justicia y según sus leyes, la tierra y sus frutos, de tal manera

que cada uno tuviera todo lo que necesitase para llevar una vida de sosiego, de respeto, de paz y de amor.

La organización socialista de la sociedad no perjudica, sino que contribuye y ayuda a hacer prosperar la causa de la paz y la organización de la vida sosegada en común de todos los hombres de buena voluntad, al igual que a la vida religiosa. Sobre esto podemos darles, queridos amigos, muchos ejemplos, sacados de nuestra propia vida en la Checoslovaquia democrática popular.

Aquí, ante los delegados de las iglesias cristianas de nuestros estados vecinos y amigos quiero manifestar esta gran verdad: En nuestro país no tenemos parados. Y si constatamos que para cumplir con los deberes religiosos hay que tener asegurado un cierto nivel de vida, esto sólo forma ya por sí mismo una base mucho más favorable que el paro en los EE. UU., el hambre de tierra en Italia o el hambre y las enfermedades infantiles, por ejemplo, en España.

Permítanme que mencione algo sobre la ley que asegura a la iglesia y al clero el estar a cubierto de sus necesidades materiales. Hemos borrado de nuestro vocabulario eclesiástico expresiones tales como »parroquia rica«, »beneficios grasientos«, al igual que, por otra parte, las de »parroquia pobre« o »el cura mismo toca la campana«. Cada eclesiástico es recompensado por el Estado según su grado jerárquico y según su trabajo. ¿No es esto una práctica recompensa y un verdadero reconocimiento en la estimación del trabajo eclesiástico que realiza nuestro clero entre el pueblo trabajador? ¿No existe, pues, aquí en Checoslovaquia una firme base para un desarrollo religioso pacífico? Por todo esto, no es de extrañar que los fieles y sacerdotes apoyen con sumo entusiasmo los esfuerzos constructivos de su pueblo y sus deseos de paz.

Dr. HEWLETT JOHNSON,

decano de Canterbury y presidente de las delegaciones
de Inglaterra y de Australia:

Como eclesiástico cristiano debo hablar de la paz y exigirla. Pero hablar de la paz en Checoslovaquia es lo mismo que »llevar leña al bosque«. No sólo vosotros, sino también vuestro pueblo, vuestro Gobierno — todos deseáis sinceramente la paz y trabajáis por ella. A otros países, allí donde desean la guerra, les hablaré de con qué entusiasmo construís una nueva sociedad y de la sinceridad de vuestras manifestaciones de paz.

Con gran satisfacción os digo que también en el Occidente van creciendo y ganando en número las masas que luchan por la paz.

En otoño del año pasado hablé frente a la catedral luterana y ante una muchedumbre de 100.000 personas, muchedumbre toda ella sedienta de paz. Esto no os lo dirá ni la Voz de América, ni el Vaticano, ni la B. B. C. En mi viaje, durante el cual hice un recorrido de 40.000 leguas, visité las principales ciudades de Australia y del Canadá y dirigí la palabra a grandes multitudes. En todas partes encontré el mismo anhelo por la paz. Todos deseaban ardientemente la paz y la comprensión entre las naciones. Antes de mi venida a este país, hablé en Inglaterra ante unas 20.000 personas; pero la B. B. C. no ha dicho nada de este acto. Este ejército por la paz, queridos amigos, es una potente armada que avanza irresistiblemente, es una armada inspirada por el Príncipe de la Paz y de la Fraternidad, es una grande armada que invita seriamente a los dirigentes de todas las iglesias cristianas y a los dirigentes de todas las demás religiones a que se pongan en las primeras filas y participen activamente en la lucha por la paz.

Dr. VIKTOR HÁJEK,

senior sinódico de la iglesia evangelista de los Hermanos Checos:

El cristiano, por la fe que pone en Dios justo y verdadero, que desea y exige justicia, y en el Dios amante, que quiere y pide amor, tiene que rechazar categóricamente todo orden social en el que el hombre explota al hombre, abusa de él y le humilla; en el que un hombre en perjuicio de otro multiplica sus riquezas y amontona bienes de todas clases; en el que el hombre no recibe una justa recompensa por su trabajo, y en el que, mientras unos solamente vegetan, otros viven en un lujo insultante y una comodidad pecaminosa. El cristiano no podrá nunca reconciliarse con la triste realidad de que hayan países en el mundo donde la leche se vierte en las alcantarillas, donde el trigo se usa para calentar las locomotoras y donde el café se tira al mar, existiendo millones de seres que sufren hambre y las consecuencias de una mala alimentación.

Por el contrario, el cristiano debe con toda su fe anhelar un orden social en el cual el hombre pueda vivir dignamente y recibir por su honrado trabajo una recompensa justa; un orden donde no haya ni oprimidos ni humillados y las riquezas y dones de Dios se repartan con justicia, donde — para emplear las palabras del apóstol San Pablo — »los unos no tengan sólo alivio y los otros ansia, pero igualdad así sea«. Si para nosotros es verdad que »Dios creó de la misma sangre toda la especie humana para que ésta poblase la tierra« — como leemos en los Hechos de los Apóstoles — entonces el hombre no debe ser para otro hombre un lobo, sino un hermano.

Este es, en resumen, el punto de vista del cristiano en lo que se refiere a los esfuerzos de construir un orden social justo. La conducta del cristiano tiene que ser afirmativa y acoger este esfuerzo constructivo no solamente rezando, sino interviniendo y ayudando activamente a su realización. Y esto es, también, una apreciable aportación para el mantenimiento de una paz duradera dentro de la nación misma y entre las naciones.

R. P. AUGUSTÍN ŠUMBERA,
decano católico romano, Rumburk.

Si el sacerdote quiere cumplir plenamente con su misión, si quiere guiar por el buen camino a los fieles entregados a su custodia, no debe apartarse de ellos. Tiene que estar con ellos, y con ellos compartir sus preocupaciones terrestres. Cristo escogió como apóstoles a hombres del pueblo, a los que trabajaban con el pueblo. Y por eso se ganaron la confianza de la gente. También nuestros patrióticos sacerdotes proceden del pueblo, conocen su trabajo y sus penas y viven con él. En otros tiempos, ellos sólo eran patriotas aislados; pero hoy pueden marchar, orgullosos y alegres, hombro con hombro con el pueblo, tranquilamente hacia el futuro.

PABLO DOMKO,
cura de la iglesia evangelista a. v. en Eslovaquia.

Hemos venido aquí a expresar nuestra firme voluntad de que queramos continuar construyendo una fortaleza indestructible para la defensa de la paz mundial; de que queremos contribuir al entendimiento mutuo y de cooperación de todas las iglesias cristianas y de todos los hombres de buena voluntad. Acogemos con simpatía toda opinión sincera dirigida a la eliminación del mal entendimiento entre las naciones y cada esfuerzo del pueblo trabajador del mundo entero en la lucha por su derecho a la paz y tranquilidad completa... Llamaremos a la conciencia de nuestros fieles para que combatan en sí mismos y en sus alrededores todo odio y envidia, la discordia que nace del egoísmo, las palabras frívolas sobre la inevitabilidad de la guerra y, sobre todo, contra la especulación o provocación a otra catástrofe guerrera, y de esta manera ayudaremos a aquellos que por medio de un nuevo orden social quieren preservar al pueblo y asegurar la paz mundial en bien de toda la humanidad.

R. P. JUAN DECHET,
administrador de la diócesis de Banska Bistrica:

¿En que consistió la misión principal de Jesucristo? Él dijo a todos que no había venido al mundo para que le sirvieran, sino para servir él mismo. Por esta razón, también nosotros, sacerdotes patriotas, queremos con nuestra iglesia servir al pueblo trabajador.

Si atravesamos, aunque no sea más que de paso, nuestro país, y sobre todo Eslovaquia, donde actualmente se construye con una intensidad desconocida hasta ahora, sacaremos la conclusión de que sólo un país amante de la paz, que se ha fijado por meta la implantación de una nueva vida social y su consolidación, puede desplegar tal esfuerzo.

No hay fuerza que sea capaz de desviarnos de este camino constructivo. Si alguien excomulga este nuevo orden social, el cual es mejor y más justo y conduce a la prosperidad; si alguien excomulga una vida mejor y la paz, éste no ama a Jesucristo, sino que obra en contra él.

Dr. F. M. HNIK,
profesor husita de la Facultad de Teología evangelista
de Checoslovaquia, Praga:

El pueblo ha demostrado tener en el pasado, y tiene hoy aún, mucha paciencia con la iglesia. Empero, esto no es un signo de paciencia ilimitada o de benevolencia de los débiles, porque el pueblo trabajador observa y examina bien cómo y a quién sirve la iglesia. En el futuro, el destino de la cristiandad organizada depende en nuestro país de que marchemos o no marchemos hombro con hombro con el pueblo trabajador, colocándonos en las primeras filas de los partidarios de la paz para que salga victoriosa la verdadera tolerancia y amor al prójimo en la tierra. Se nos presenta ahora probablemente la última oportunidad para que hagamos que el cristianismo sea de nuevo una potencia que transforme la faz del mundo. ¡Reverendos hermanos, seamos sacerdotes fieles a nuestro pueblo! ¡Animemos a las masas trabajadoras con la palabra de Dios para que sus almas vayan elevándose afin de que puedan cumplir con las nobles tareas para las cuales han nacido en servicio del Príncipe de la Paz! ¡Alegrémonos con nuestro pueblo y compartamos con él sus éxitos y esperanzas! ¡Qué nuestra lealtad al pueblo sea inquebrantable para que éste, en cambio, quede fiel a su fe y al Padre divino! ¡Hagamos de nuestra religión una potente arma espiritual con la que lucharemos por una

nueva y mejor sociedad y por la paz mundial! Para que se realicen nuestros deseos, es por lo que dirigimos este sincero llamamiento a nuestro clero y a todos los fieles del mundo cristiano: **!Ayudadnos en nuestros esfuerzos, para hacer que reine la paz entre los pueblos, y marchemos todos juntos hacia nuestra meta común: hacia la organización de una nueva sociedad más justa para que los hombres sean felices en el reino de Dios sobre la tierra!**

R. P. ČESTMIR,

obispo ortodoxo de Olomouc y Brno, Olomouc:

La construcción y defensa de la paz son ante todo los principales deberes de aquellos que se llaman cristianos. Cristo reconcilió al hombre con Dios y a los hombres entre sí declarando la guerra al pecado. Los pecados de los capitalistas e imperialistas, la codicia y sus excesos, la subyugación y la explotación del hombre por el hombre siempre han arrastrado al mundo a terribles y sangrientas guerras, y hoy se presenta esta realidad ante nosotros con más claridad que nunca. Nuestro deber es, pues, para combatir todos estos pecados, el de ir con todos aquellos que trabajan en la construcción del socialismo, el cual borrará completamente de la faz de la tierra y para siempre las causas que motivan las guerras. La realización del socialismo significa poner fin a las guerras agresoras y explotadoras.

P. JUAN MÁRA,

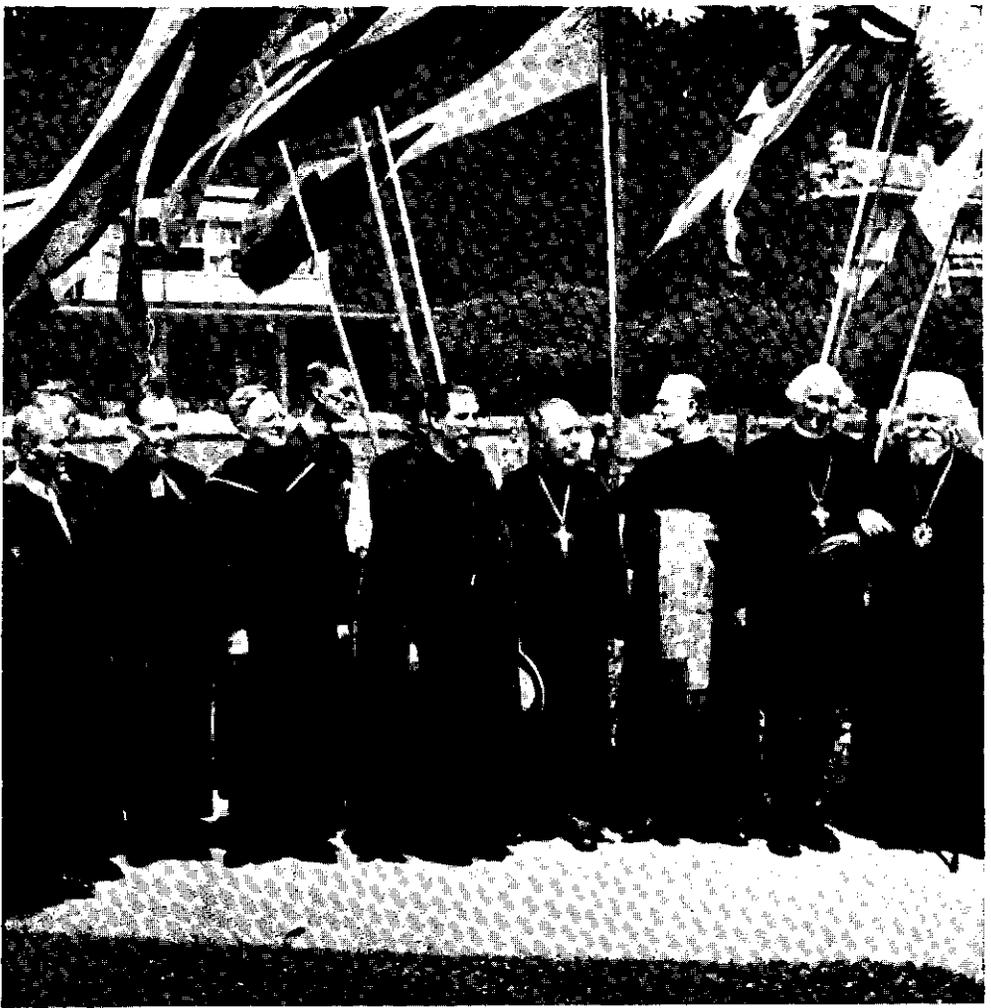
director de la sociedad cristiana de beneficencia »Caritas«, Praha:

Estamos en el campo de los que luchan por el socialismo porque hemos visto que el orden socialista lleva a la práctica los ideales y las doctrinas de Jesucristo, es decir, la igualdad y la hermandad entre todos los hombres... Conforme a la voluntad de Dios y la doctrina de la iglesia, pondremos todo nuestro trabajo eclesiástico al servicio del pueblo y con él construiremos el socialismo, cuya realización significará la llegada del Reino de Dios a la tierra — el reino de la paz.

Dr. MIROSLAV NOVÁK,

obispo de la iglesia checoslovaca, Praga:

Si alguien nos hace la pregunta de que si hemos hecho todo lo que ha estado en nuestro poder y alcance para alejar del mundo la amenaza de guerra, ¿podríamos entonces responder satisfechos y orgullosos que sí? ¿Hemos sido nosotros, los cristianos, nosotros el clero,



Algunos de los delegados checoslovacos y extranjeros que asistieron a la conferencia de las iglesias cristianas de Luhačovice.

*De izquierda a derecha: Dr Hník, Rev. Schneider, Rev. Vančura, Rev. Foinette, Rev. Barkway
P. Juan Mára, mitrofernyj protojerej Cvethkov, P. Juan Dechet, Dr H. Johnson, Dr Nikolaj*



Presidencia de la conferencia de Luhačovice



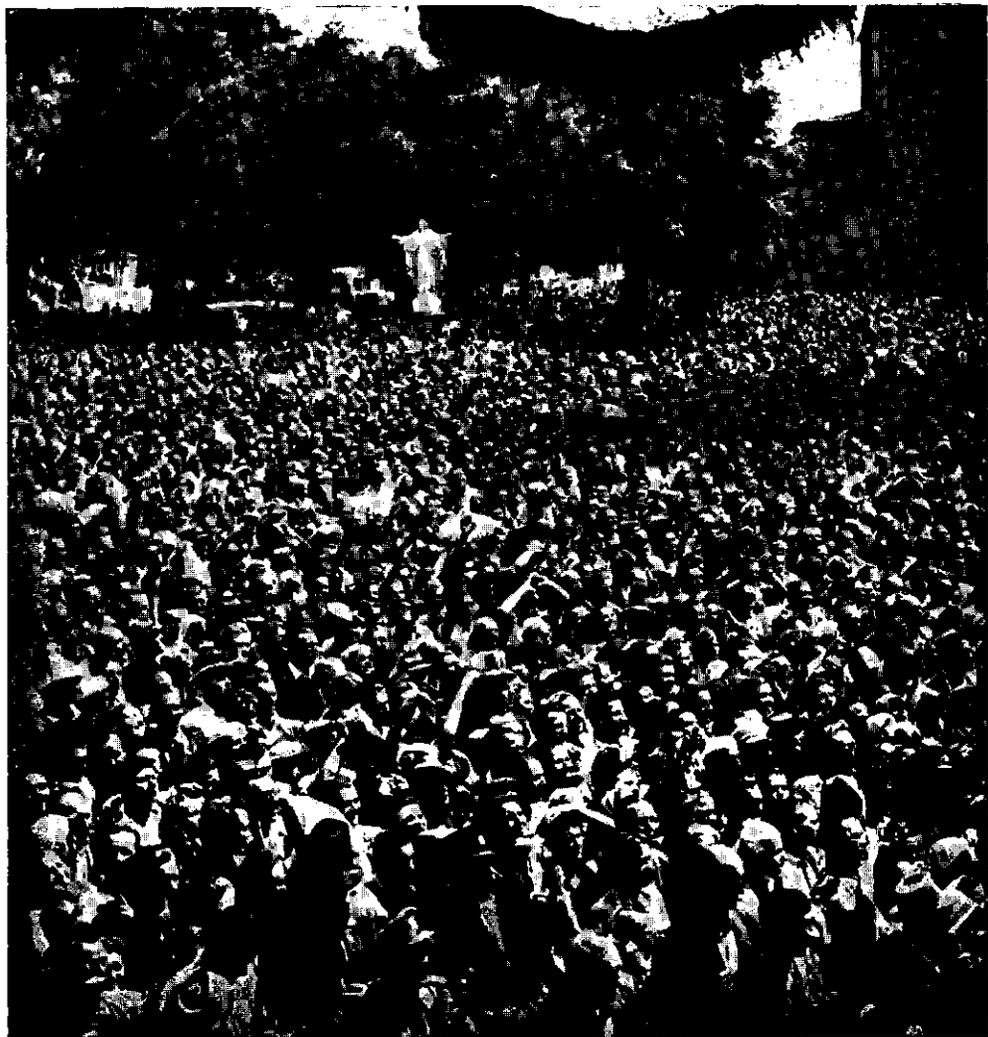
El Rev. P. Alejandro Horák, durante su discurso en la conferencia de Luhačovice



En Luhačovice, de izquierda a derecha: P. Juan Dechet, Dr Johnson, Dr Nikolaj

Misa Celebrada por altos representantes de la iglesia durante la peregrinación nacional de Velehrad





Manifestación por la paz de Velehrad

los que hemos dado el primer impulso a la gigantesca lucha por la paz que con tanta amplitud se extiende por todo el mundo? ¿Es que no ha sido bastante fuerte la voz de nuestra conciencia? ¿Es que no ha habido bastante valor en nuestros corazones para cumplir al pie de la letra lo que nos manda el evangelio? Confesemos con humildad que no hemos sido nosotros los primeros y que ni siquiera esta vez podemos adjudicarnos ningún mérito. ¡Hagamos penitencia y repararemos nuestras faltas! Es natural que todos deseemos la paz, roguemos por ella y la prediquemos. Muchos opinan que con esto han cumplido ya su deber. No, no es así. No es suficiente en nuestros tiempos contentarse con sólo desear, predicar y rogar por la paz. **Hoy es necesario luchar por la paz, y nosotros, los siervos de Dios, debemos estar en las primeras filas de este gran combate de vida o muerte y a él dedicar todos nuestros esfuerzos.**

Muy poco hemos hecho hasta ahora por la paz y para impedir la guerra, y, por lo tanto, aunque no somos viejos, hemos sido testigos de dos horrosas catástrofes mundiales. Después de terminarse la primera guerra mundial, se reunieron en Estocolmo todos los representantes de las iglesias no-católicas y constataron con verdadero pesar que las iglesias cristianas habían tenido una gran parte de culpa porque con su actitud habían contribuido a que se preparase la guerra. Y estos representantes regresaron a sus casas con esta firme resolución: »!Nunca jamás la guerra!...« Regresaron también con la esperanza de que la humanidad no volvería a repetir el mismo error y que en el futuro todas las discrepancias se arreglarían amistosamente y por medio de acuerdos internacionales. Y, ahora, después de la segunda guerra mundial, mucho más terrible y destructora que la primera, las iglesias cristianas no han manifestado aún con suficiente claridad si verdaderamente están al lado del campo de la paz. Aunque también esta vez tenemos que golpear nos el pecho y confesar nuestra debilidad y discordia, al igual que reconocer que ciertas iglesias mantienen ocultos intereses políticos y ambiciones de poder.

Amigos, ustedes que son los representantes de las iglesias cristianas de Checoslovaquia, hagan todo lo posible para que no se refieran a ustedes las justificadas palabras de reproche que F. X. Salda dirigió a los círculos cristianos en ocasión de la conmemoración del décimo quinto aniversario de la creación de la Unión Soviética. Sus palabras fueron éstas: »Si eres cristiano e idealista, ruborízate porque la obra de justicia social se está realizando en otra parte.« Aбраmos los ojos a los fieles y a nuestros hermanos sacerdotes que en estos momentos tan decisivos todavía vacilan en tomar parte en nuestra lucha por la paz y que aun quieren continuar »con los brazos cruzados«. Después de tantos infructuosos esfuerzos realizados para asegurar la

paz, aun hay muchas personas que confunden el contenido de esta palabra con el de una engañosa tranquilidad. Ciertamente no habrá nadie entre nosotros que no comprenda o no quiera comprender cuanta actividad y energía exige la lucha por la paz.

Dr. NIKOLAJ,

Metropolitano de Krutice y Kolomensk, presidente de la delegación rusa de la iglesia ortodoxa.

Todos sabemos que la humanidad entera está temblando ante la terrible amenaza de una nueva guerra. La atmósfera está muy tensa y cargada de preocupaciones, de negros pensamientos y rumores de guerra. La gente pacífica se estremece ante la idea de una exterminadora guerra bacteriológica. Unos cuantos insensatos provocadores de guerra tratan de incendiar la llama del odio asesino, las naciones se rearmen febrilmente, presentando como justificación la salvación de la paz, como si los cañones y las bombas atómicas fueran sus mejores defensores y no sus destructores.

Los fieles de todos los países, sin diferencia de religión, empiezan ahora a poner en tensión todos sus esfuerzos en defensa de la paz, por un mañana mejor y por el trabajo constructivo tal como nos lo manda nuestra religión. Por esta razón, ustedes deben imponerse la obligación de coadyuvar a la santa obra y colaborar en la consolidación de una paz justa y duradera.

Entre la proporción de fuerzas del campo de la guerra y las del campo de la paz, es tan evidente la superioridad de esta última, que podemos ya distinguir en el horizonte prometedores éxitos, porque la victoria moral ha sido ya ganada. Estos éxitos provienen de la unanimidad moral creada por personas de diferentes convicciones políticas y religiosas que creen en la dignidad del hombre y veneran la santidad de la paz. En estos ideales se hallan expresados la libertad de conciencia y de religión, la igualdad entre los pueblos, la justicia social y la cooperación pacífica entre las naciones. En cambio, en el campo contrario se vanaglorian a cada momento de poseer toda clase de armas secretas y llevan a cabo una intensa propaganda perniciosa.

Hace falta que penetre y se consolide más aún en las almas de los hombres el sentimiento de responsabilidad, porque la violación de la paz significaría una terrible catástrofe para centenares de millones de seres humanos. Para nosotros esta responsabilidad se halla estrechamente relacionada con la unidad del mundo cristiano. Y es por esto que nosotros, los representantes de las diferentes iglesias cristia-

nas, guiados por el sentimiento de parentesco espiritual con Jesucristo, nuestro Salvador, nos hemos reunido aquí no para solucionar discordias de religión, sino para declarar ante la faz del mundo amenazado por otra catástrofe que servimos todos al mismo ideal cristiano y que nos uniremos aún más para defender la paz.

Nosotros, los que somos cristianos, no podemos cerrar los ojos ante los problemas del mundo y esperar inactivos a que éstos sigan su curso. Mientras exista en este mundo la lucha entre el bien y el mal, nuestro puesto debe estar en las primeras líneas de combate en defensa de la justicia y de la paz.

CHESARIJE PAUNESCU,

obispo y presidente de la delegación de la Iglesia ortodoxa rumana:

La defensa de la paz es un deber de cada institución, de cada estado, de cada iglesia y de cada religión, es decir de toda la humanidad.

JUAN ŘIČAR,

presidente de la Unidad de Chelčický (bautistas), Praga:

Conocemos por experiencia propia los horrores de los bombardeos y hemos visto y vemos aún en miles de mutilados, ciegos, viudas y huérfanos la consecuencia de ellos. El pensamiento fijo en la posibilidad de una nueva guerra es el que hace elevarse nuestras voces de protesta. El pueblo anhela con ardor la paz. Nos lo confirma plenamente el Llamamiento de Estocolmo. **Somos enemigos de los que quieren desencadenar una nueva guerra y estamos en contra de los asesinatos en masa, ya sean éstos por medio de gases, bacterias, o armas atómicas.**

Nuestro santo deber consiste en ayudar sinceramente a la consolidación de la paz, y más aún cuando nuestro Estado es uno de sus más firmes defensores y nos ofrece todas las posibilidades para que nuestra vida religiosa se desarrolle en la más completa libertad.

JELEVFERIJ,

exarca del patriarcado de Moscú en Checoslovaquia metropolitano de Praga y de toda Checoslovaquia:

La iglesia ortodoxa en Checoslovaquia ha predicado siempre el amor al prójimo y de como éste hace hermanos a todos los hombres para que se consolide la paz entre las naciones y para que empiece

una vida completamente pacífica y feliz para todos, lo que sólo puede ser alcanzado a base de un trabajo honrado y pacífico y de un amor fraternal. ¡Viva la paz mundial!

BERECZKI,

obispo y presidente de la delegación evangelista (reformada)
de Hungría:

El cristianismo y la iglesia sólo pueden cumplir con su misión cuando hallan su inspiración y valor en Su Señor Jesucristo, que murió en la Cruz y resucitó de nuevo de entre los muertos. Únicamente así les es posible unirse y cooperar con el mundo nuevo. **¡Qué pregone sin miedo la voz de la iglesia que millones y centenares de millones de personas trabajan para construir una vida más libre y justa y que para ello sólo anhelan una cosa: la paz.**

R. P. Dr. ISTVÁN BALOGH,

presidente de la delegación católica romana húngara:

Quiero hacerles la pregunta siguiente: ¿Cuáles han sido los motivos que nos han traído aquí a esta conferencia y qué es lo que nos ha hecho unírnos a nuestros hermanos soviéticos, checoslovacos, alemanes, polacos y rumanos? Creo que han sido dos ideas principales las que con su irresistible y arrebatadora fuerza han hecho que estrechemos nuestras manos y marchemos juntos por el camino del progreso. La primera de estas ideas es servir al desarrollo social de la humanidad; la segunda, ayudar a la lucha actual en defensa de la paz. La paz es la fuerza que nos une a todos. Ninguna idea puede penetrar más profundamente en el alma del sacerdote que la idea de la paz. Cuando el ángel pregonaba: »Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a la gente de buena voluntad«, no pregonaba el poder y la riqueza, sino el don más precioso que nos concedió Dios: la paz! Jesucristo, después de su pasión, muerte y resurrección dijo: »Paz a vosotros.« ¿Puede existir, entonces, algún católico fiel, y más aún sacerdote, no siendo sólo amigo, sino un activo defensor de la paz? **Sí, y nosotros los sacerdotes debemos estar en las primeras filas en la lucha por la paz y dirigir toda nuestra influencia para que esta paz sea tal y como la desea el pueblo.**

Yo mismo, al hablar de la paz, no pienso solamente en las casas, iglesias, escuelas y hospitales destruidos por las bombas, sino que pienso también en la juventud llena de optimismo y de alegría, en la sonrisa inocente de los niños, en los trabajadores y en todos aquellos que creen en un mañana más feliz y en una vejez tranquila y asegurada. Todos estos esfuerzos no van solamente encaminados hacia la meta de estas aspiraciones, sino que forman a la vez la base sin la cual no puede haber paz.

Dr. J. L. HROMÁDKA,

profesor de la Facultad de Teología Evangélica en Praga.

Vivimos en una época muy transcendental para la humanidad. El conocimiento de esta transcendencia debe acompañarnos a todos los que somos creyentes, sea cual sea nuestra fe religiosa, en nuestras más insignificantes tareas diarias. Roguemos al Señor que nos ilumine, nos fortifique y nos anime para que podamos luchar con toda la resolución que nos da nuestra fe — **repito resolución** — **junto con todas las demás iglesias y el pueblo, por un orden social mejor, y alcanzar así lo más precioso para nosotros, para nuestras madres, mujeres, y niños — la paz y la tranquilidad; la verdadera paz.** Queridos hermanos, dejémonos guiar por estos ideales sin reparar en diferencias de fe y religión y llevemos todos juntos el gran peso de la responsabilidad que ha caído sobre nuestros hombros.

Este momento que ve reunido aquí a los católicos romanos, a los ortodoxos de diferentes sectas y a los protestantes alrededor de su único Señor y Salvador, este momento, pues, marca una fecha verdaderamente histórica. Preguntémonos si verdaderamente al salir de aquí, todos nosotros, tanto los creyentes católicos como los creyentes evangelistas y ortodoxos, nos llevaremos gravados en el alma el sentimiento y la convicción de que todos pertenecemos a la misma iglesia de Cristo y de que todos estamos obligados a soportar solidariamente sobre nuestros hombros el fardo de responsabilidad de las otras iglesias y a buscar en este sentimiento de hermandad todas las posibilidades de cooperación.

Es sobre nosotros, cristianos, que vivimos en esta región llamada «esfera soviética» o «esfera de democracia popular», que se hallan puestos fijamente los ojos de los pueblos coloniales, de las jóvenes iglesias de Asia y África y se preguntan si nuestra fe nos hace comprender su gran lucha por la libertad y su lucha para substituir el viejo orden internacional por otro mejor y más justo, el cual pueda asegurar la paz mundial.

Dr. CARLOS HAŠPL,

Administrador general y eclesiástico de los Unitarios, Praga.

¿Quién llama a la guerra? ¿Quiénes son los que la preparan? ¿Son aquéllos que conocen los efectos de la guerra en sus propias carnes? ¿Son aquéllos a quienes la guerra mató a su padre, a su madre o a sus hijos y lo perdieron todo? ¿Son aquéllos que conocen los horrores de la guerra y que sólo pudieron salvar su propia vida? ¿Pueden desear la guerra aquellos que aman a sus hijos? ¿O aquéllos que quieren ganar honradamente su sustento diario? ¿Es que pueden desear la guerra aquellos que crean familias llenas de alegría y de esperanza por una vida que en el futuro irá mejorando más y más? ¿Es que podemos creer que desean la guerra los parados, los cuales han sido tirados a la calle dejándolos en la más completa miseria y sin más trabajo que rodar alrededor de las fábricas cuyas puertas están cerradas para ellos mientras que en sus casas les espera una mujer hundida en la desesperación y unos hijos hambrientos? No. Estos no pueden desear la guerra.

La guerra la desea y la prepara otra clase de gente. Son aquéllos que en 1945 cerraron sus fábricas y no quisieron transformarlas para la producción de paz, y esperan hoy obtener de nuevo grandes provechos con la guerra. La guerra la desean, además, los que poseen astilleros, los monopolistas del petróleo, unas 60 familias de América y sus asociados y parientes en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y el Japón, los cuales, al calor de la última guerra, han amasado fortunas inmensas.

Hoy, la religión, y sobre todo la cristiana, no quiere identificarse ni con los fabricantes de superbombas, ni con racistas, ni fascistas, ni con aquéllos que para obtener ganancias fáciles no vacilan en destruir lo que la naturaleza nos ofrece, lo que debe ser una recompensa bendita por nuestro trabajo honrado. El nombre de Cristo no puede tener ninguna relación con los que le crucifican diariamente, abusan de él y planean la destrucción del mundo. Hoy, la verdadera religión, y principalmente la cristiana, sólo puede existir allí donde se encuentra un verdadero deseo de paz y de trabajo constructivo; allí donde el hombre respeta al hombre; allí donde se están creando las condiciones de un nuevo orden social, que en los tiempos pasados Jesucristo lo llamó «Reino de Dios» y nosotros lo llamamos hoy Socialismo. Nuestro santo deber es de luchar con toda nuestra fuerza, con toda nuestra alma y de todo corazón para proteger, construir y salvar la paz.

R. P. PETAR SARIJSKIJ,

miembro de la delegación católica romana de Bulgaria.

Nosotros, los sacerdotes católicos, ayudamos a construir el Socialismo en el campo. No sólo rogamos cada día para que sea implantado, sino que trabajamos y ayudamos activamente al pueblo búlgaro en la construcción de una nueva vida de paz y de prosperidad.

Nosotros ponemos todas nuestras esperanzas en Dios, que nos da la paz, y confiamos en que la conciencia de los trabajadores del mundo entero no permitirá jamás que estalle otra guerra fratricida y que éstos harán todo lo posible para que de nuevo resplandezca la luz de la paz, de la felicidad y la confianza en un mañana mejor. ¡Honor y Gloria a todos los valerosos combatientes por la paz!

Rev. KEITH DOWDING,

eclesiástico de la iglesia presbiteriana y miembro de la delegación australiana.

Las palabras que voy a pronunciaros aquí en nombre de mi pueblo son las siguientes: Ante todo, quiero advertiros de que la gran mayoría de cristianos que viven en la comunidad de pueblos de habla británica, y estoy seguro que también en los EE. UU, están de acuerdo con vosotros de que forma también parte de la obediencia cristiana el deber de construir un orden social más justo, en el cual cada hombre disfrute de mejores condiciones y posibilidades para crecer y desarrollarse con toda grandeza como verdadero hijo de Dios. Creo que la mayoría de los cristianos piensan así. Y si en algunas partes se manifiesta una diferencia sobre esta concepción y estos cristianos se desvían de esta idea, es porque ellos creen que las democracias del Este son algo extraño a esto. Esta diferencia existe porque desde hace tiempo han venido siendo trabajados por una intensa propaganda el la que se les dice que el sistema económico de vuestras naciones no ha obtenido ningún éxito, que vuestros países son estados policíacos, y por ello creen que el gran experimento social se ha desmoronado fracasando completamente. Estas personas, influenciadas por tal propaganda, opinan que cualquier forma de capitalismo, bien sea mejorada o modificada, puede traerles la salvación. Pero de día en día crece el número de cristianos que se dan perfecta cuenta de que el capitalismo, bajo todas las formas y modificaciones que se presente, no puede conducir nunca al Reino de Dios. Creen también que, desde el punto de vista moral y económico, el capitalismo es injusto e immoral. Y este número cada vez

más y más grande de cristianos sabe muy bien que sólo cuando el capitalismo con todos sus egoísmos y rivalidades sea reemplazado por un trabajo en común socialista, podrán también deshacerse de los más grandes y peores enemigos de la paz. Nuestros eclesiásticos ponen en tensión todas sus fuerzas para preparar y alcanzar esta forma de justicia al igual que la paz en todas naciones.

P. JINDŘICH VOLNÝ,
párroco católico romano, Praga.

En una parte vemos un campo donde las naciones dedican plenamente todo su trabajo a la obra pacífica y donde se esfuerzan en recompensar de una manera justa a todos los trabajadores; vemos que construyen una nueva vida, implantan la justicia social y la verdadera democracia; que dan a sus ciudadanos completa libertad cívica, y lo que es particularmente importante para nosotros, también la libertad religiosa; vemos también que cada trabajador y cada hombre honrado tienen derecho a la recompensa, al descanso, a la salud, a la instrucción a la dignidad . . . , a la vida feliz del hombre libre.

En la otra parte vemos el campo de los que explotan al pueblo trabajador de su propia nación y de otros países; a los que amenazan con las armas atómicas, con la guerra de gases y bacteriológica; el campo de los parados, del sufrimiento, de la guerra y de la muerte; el campo donde se obusa de la religión con fines egoístas.

Así, pues, al católico no le es dable permanecer pasivo, ni vacilar en la elección de su puesto, y por ello debe también combatir la injusticia y defender el derecho. La virtud del cristiano no puede ser sólo circunspección y moderación, sino también valor, y valor que defiende el bien y combate el mal.

LADISLAV SCHNEIDER,
sacerdote de la iglesia metodista, Praga.

Nosotros, los que creemos en Jesucristo, nuestro Señor y Salvador, con toda nuestra devoción y conciencia ingresamos en las filas de aquéllos que dedican todos sus esfuerzos a asegurar la paz para que todos los países del mundo vivan pacíficamente y se respetan entre sí. Estamos decididos también a luchar contra todos los que por su egoísmo exagerado y sin límites quieren salvar viejos sistemas capitalistas, explotan a los trabajadores y no se estremecen de horror al querer desencadenar la furia de la guerra y provocar asesinatos

en masa en los que mueren niños inocentes y se destruyen los valores culturales.

Nuestra orientación cristiana, que es el reflejo exacto del contenido de la Santa Escritura, no nos permite tampoco observar, y mucho menos consentir, sin decir ni hacer nada, la insensata propaganda de los provocadores de guerra occidentales, propaganda que siembra la inquietud y la discordia en todo el mundo. Una prueba evidente de las intenciones deshonestas y de la brutal rapacidad de estos provocadores de guerras nos la da la engañosa ayuda del Plan Marshall, que en el fondo no significa más que el descenso del nivel de vida del pueblo trabajador, su explotación y esclavización.

J. DOUBRAVSKÝ,

predicador y presidente de los Adventistas, Praga.

La vida misma de Jesucristo, que fué el Príncipe de la Paz y de la Tranquilidad, nos confirma que la paz ha tenido siempre muchos enemigos. Por esto, también nosotros, los Adventistas, que tenemos nuestra propia iglesia autónoma, queremos ser atentos centinelas de la paz, porque deseamos que ella reine en los hogares, en las fábricas, en las minas, en una palabra, por todas partes donde vive y trabaja el pueblo. Por lo tanto, nosotros seguiremos los pasos de Cristo, cuyo saludo diario era: »¡Paz a vosotros!«. Nuestra intención es también la de ser un factor activo en la construcción de la justicia social.

PASTOR METAŠČIK,

Secretario general de la Iglesia reformada en Eslovaquia.

Nosotros, el clero cristiano, junto con nuestros hermanos y hermanas creyentes, nos unimos firmes y decididos a todos los defensores de una paz duradera. Lo consideramos como un deber natural nuestro que nos lo imponen las palabras: »Quien ama a Dios, ama también a su hermano.«

ERWIN KOCK,

pastor evangelista a. v., Viena.

Como cristianos no tenemos en este mundo otro deseo que el de trabajar por la paz. Y no sólo trabajar por la paz, sino también luchar por ella. Queridos hermanos y hermanas, nosotros, en Austria, nos hemos dado perfecta cuenta de que no es suficiente rogar por

la paz. Hace dos meses que empezó en nuestro país la recogida de firmas al pie del Llamamiento de Estocolmo y en la actualidad tenemos ya recogidas 800.000 firmas. Esta cifra representa el 10% de la población, pero muchos de ustedes dirán seguramente que éste es un resultado insignificante comparado con los obtenidos en las democracias poulares. Sin embargo, se debe tener en cuenta que firmar el Llamamiento de Estocolmo en Austria significa verdaderamente arriesgar algo.

A pesar de todas las amenazas llevadas a cabo contra todos los que manifestaban el deseo de firmar el Llamamiento y se las decía que perderían su trabajo si lo firmaban, centenares de miles de personas han dado su conformidad al Llamamiento. Cada día la gente viene a nosotros diciendo que quiere firmar el Llamamiento, pero que no se atreven a ello porque las autoridades les han amenazado con la pérdida de su trabajo. Según datos oficiales, hay en nuestro país alrededor de 200.000 parados de todos los oficios. Ya ven lo grave que es perder el empleo en nuestro país. No obstante, nuestro pueblo no se ha intimidado con toda esta propaganda y amenazas, y una mayoría aplastante está al lado de los partidarios de la paz. La paz es merecedora de todos los sacrificios.

REV. EDWARD CHARLES,
pastor de la iglesia anglicana en Birmingham, Inglaterra.

Nos hacen falta vuestras oraciones cuando tratamos de explicar y aclarar a nuestro pueblo por qué trabajáis aquí y que es lo que queréis lograr. Igualmente os incluimos en nuestras oraciones y bendecimos vuestra obra y vuestros esfuerzos para construir una sociedad que significa otro paso adelante en la historia de la humanidad. Vuestros esfuerzos están santificados por el Espíritu Santo porque tienen como fin traer el Reino de Dios a la tierra.

R. P. JOSÉ ROMÁNEK,
sacerdote católico romano, Vranov (Brno).

Todos los fieles sinceros se hallan hoy en el campo de la paz y ayudarán con todos sus esfuerzos a erigir un muro indestructible contra el cual se estrellarán todos los ataques de aquéllos que quieren una nueva guerra. Nosotros, el clero católico, ponemos todas nuestras fuerzas en la lucha por la paz, la felicidad de nuestra juventud y de las generaciones futuras.

III.

CLAUSURA DE LA CONFERENCIA

En la sesión de clausura de la conferencia fué aceptada por unanimidad la resolución de dirigir un llamamiento de paz a todos los cristianos del mundo. Durante el período de una generación, la humanidad ha tenido que pasar por el calvario de dos guerras mundiales. No es necesario entrar en detalles y enumerar cuantas han sido las pérdidas en vidas humanas y cuantos los perjuicios morales y culturales.

!Qué triste es pensar que estas guerras fueron declaradas por estados que se llaman »cristianos« y que sus provocadores invocaron también motivos cristianos!

La resolución y llamamiento de Luhačovice llama insistentemente a todos los cristianos del mundo para que se despierte en ellos la voz de su conciencia cristiana.

RESOLUCIÓN DE LA CONFERENCIA DE LUHAČOVICE

Nosotros, los sacerdotes de todas las iglesias y comunidades religiosas en Checoslovaquia, que hemos asistido a esta conferencia de paz en Luhačovice, declaramos unánimes que nos ponemos enteramente al servicio de la idea de la paz y al lado de aquéllos que construyen sobre la tierra en el espíritu socialista un nuevo orden social más justo.

Condenamos la guerra en nombre de la humanidad, en nombre del amor cristiano y en nombre de todo aquello que es sagrado al hombre. Odiamos la guerra porque no hay cosa que contradiga más a las doctrinas cristianas que las salvajes matanzas en masa y las destrucciones sin fin.

Condenamos con indignación los planes impíos de las potencias occidentales que, en su vanos esfuerzos de frenar el avance victorioso de la idea del Socialismo, quieren arrastrar a la humanidad a otra gran catástrofe. Estos enemigos de la humanidad, para mantener en

pie un sistema explotador imoral, no sienten ningún escrúpulo al amenazar con las armas atómicas a los pueblos pacíficos. Pero éstos han recibido ya la categórica respuesta de la mayoría aplastante de la humanidad que ha confirmado, con la más potente acción de firmas conocida en la historia, su absoluto acuerdo con el Llamamiento de Estocolmo, lanzado por el Comité permanente del Congreso de los Partidarios de la Paz, el cual condena el empleo de la energía atómica para fines destructivos.

Somos cristianos y pregoneros del amor cristiano, y es por esto que somos partidarios de la paz. Con orgullo declaramos también que formamos parte del potente campo de la paz, encabezado por la Unión Soviética. Nuestro deber de cristianos no es sólo el de rogar por la Paz, sino también el de trabajar por ella. Y si hay en el mundo hombres que despliegan toda su actividad para asegurar la paz, aunque éstos no sean inspirados por las doctrinas cristianas, sino por motivos sociales y filantrópicos, no podemos alejarnos de ellos, sino por el contrario ir junto con ellos hacia la meta común.

Estamos convencidos de que serviremos mejor a la idea de la paz si, obedientes a la voluntad de Dios, empleamos toda nuestra influencia y capacidad de sacerdotes en ayudar al pueblo trabajador a construir el socialismo, cuya victoria definitiva garantizará una paz duradera entre las naciones.

El cristianismo y el socialismo no son dos ideas opuestas, y, respetándose mutuamente, pueden crear en la tierra condiciones ideales en las que puedan vivir felices y para siempre los hombres que están llevando a la práctica los principios de justicia y de amor al prójimo, los cuales son comunes al cristianismo y al socialismo.

Muchísimo nos aflige la actitud política del Vaticano y de una gran parte de los altos jerarcas, que, contrariamente a los intereses de los fieles y en desacuerdo con la aplastante mayoría de ellos, apoyan a los capitalistas e imperialistas en sus planes agresivos.

Igualmente rechazamos las ideas reaccionarias que dominan al Consejo Internacional de Iglesias, al cual se hallan adheridas algunas iglesias no católicas.

Muy bajo han caído aquéllos que debían defender con todo celo las doctrinas de Cristo que pregonan amor al prójimo y paz. Empujados por su odio al pueblo trabajador, por miedo a que se implante un nuevo orden más justo, ellos se hacen cómplices del nuevo y horroroso crimen que se prepara contra la humanidad.

No estamos de acuerdo con esa clase de actividad que llevan a cabo esos círculos y la rechazamos rotundamente porque va dirigida contra la paz y el socialismo.

Recordamos a todos los cristianos del mundo entero y a todas las

comunidades religiosas que predicán el amor al prójimo según lo manda Jesucristo, que son responsables no sólo de la paz, sino también de cada gota de sangre que se derrame. La conservación de la paz no depende sólo de sus oraciones, sino también de la intensidad con que luchen para preservarla y salvar las vidas de centenares de millones de personas contra los planes monstruosos de los enemigos de la humanidad.

Estamos convencidos de que nuestra voz, apoyada por la de todos los partidarios de la paz, despertará la conciencia de todos los cristianos y que con su actividad ocuparán un puesto de honor en el victorioso campo del progreso, de la paz y del socialismo.

LLAMAMIENTO DIRIGIDO A TODOS LOS CRISTIANOS DEL MUNDO ENTERO POR LOS ECLESIÁSTICOS DE TODAS LAS IGLESIAS CRISTIANAS PRESENTES EN LA CONFERENCIA DE LA PAZ DE LUHAČOVICE

La guerra amenaza al mundo.

Los capitalistas, en sus tentativas infructuosas de conservar y multiplicar sus riquezas, quieren arrastrar al mundo a una nueva guerra catastrófica. Primero, oprimiendo brutalmente, y ahora por medio de agresiones abiertas, los imperialistas quieren mantener esclavizados a los pueblos coloniales. En estos momentos decisivos en que se ven amenazadas las vidas de millones de seres humanos, apelamos a la conciencia de todos los cristianos del mundo:

Bajo el espíritu del amor cristiano, ¡uníos con todos los hombres de buena voluntad, para conservar la paz mundial! ¡Apoyad unánimes el Llamamiento de Estocolmo, proclamado por el Comité permanente del Congreso Internacional de los Partidarios de la Paz!

El clero de todas las iglesias cristianas de Checoslovaquia está resueltamente al lado de todos sus hermanos que luchan en los países capitalistas, en condiciones difíciles, por la paz, tal y cómo se lo ordena su conciencia de cristiano.

¡Todas las fuerzas del cristianismo mundial, a la lucha por la paz!

El trabajo por la paz de los cristianos, unido al de los partidarios de la paz, hará fracasar los planes de los provocadores de guerra.